

*Universidad y verdad.*  
*La propuesta de Jaume Bofill*

EUDALDO FORMENT\*

Del magisterio oral de Ramón Orlandis, pensador jesuita, surgió la denominada Escuela tomista de Barcelona. Sus discípulos, Jaume Bofill y Francisco Canals, además de ocupar sucesivamente la cátedra de metafísica de la Universidad de Barcelona, consolidaron este núcleo tomista, que ha ido creciendo con el tiempo.

Mi intención en estas páginas no es hacer un panegírico de Jaume Bofill. Probablemente, ni en esta publicación, ni en ninguno de los actos de conmemoración del centenario de su nacimiento, sea necesario alabarle. Con independencia del valor que se conceda a su pensamiento, es innegable que tuvo importancia en su época, especialmente en el mundo universitario, y que continúa manteniendo su actualidad. Desearía presentar una reflexión sobre la idea que se forjó de la universidad, porque creo que trasciende su momento histórico. Si de santo Tomás de Aquino, sobre el que versó casi en exclusiva toda su obra escrita, se ha dicho que «puede llamársele con todo derecho “apóstol de la verdad”»,<sup>1</sup> igualmente creo que podría llamarse a Jaume Bofill apóstol del espíritu universitario.

\* Catedrático de metafísica de la Universitat de Barcelona.

1. PABLO VI. Carta *Lumen Ecclesiae* (20-XI-1974), núm. 14.

## JAUME BOFILL, UNIVERSITARIO

Si se tuviera que caracterizar o identificar, tal como se hace habitualmente por la profesión —la actividad propia estable y servicial, ejercida por vocación o inclinación natural personal—, tendría que decirse que Jaume Bofill fue universitario. Toda su vida intelectual, menos, como es lógico, la de su infancia y primera adolescencia, hasta su temprana muerte, transcurrió en el ámbito universitario.

Primero, como estudiante de bachillerato en el prestigioso Colegio del Sagrado Corazón de la calle Caspe de Barcelona, que como decía el también catedrático de la Universidad de Barcelona, Francisco Gomá Musté, nacido en 1915 y vinculado también a este centro educativo jesuita barcelonés, era como una pequeña universidad, por sus profesores, así como por su enseñanza y formación.

Después, Bofill conoció la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona y, al poco tiempo, gracias al magisterio del padre Orlandis, su Facultad de Filosofía y Letras. Toda su vida, hasta su temprana muerte, transcurrió ya en la universidad y en su cátedra de metafísica. Puede decirse que Bofill contribuyó, en la mayor parte de su vida, a devolver con creces el alimento espiritual que había recibido de su *alma mater*.

## EL SABER Y LA VERDAD

La universidad desde sus orígenes se orientó esencialmente hacia la verdad. La finalidad básica y general de la institución universitaria era la búsqueda y transmisión de la verdad. Explicaba Bofill que, como indicaba santo Tomás, el término «verdad», en un sentido fundamental, significa lo que es, la realidad, la entidad. Verdadero es lo que es.

La realidad es el fundamento primero y originario de otros dos sentidos de la «verdad», el de que las cosas sean adecuadas a ser comprendidas —la verdad como aptitud de las cosas a ser entendidas—, la denominada verdad trascendental, y el de que el entendimiento se adecue

a la realidad al expresarla en sus juicios, o la llamada verdad que está en el entendimiento.<sup>2</sup>

Esta primera acepción del término «verdadero», como Balmes, en *El criterio*,<sup>3</sup> Bofill la refiere a la definición de san Agustín: «lo verdadero es lo que es».<sup>4</sup> De manera que, cuando se conoce cómo son realmente las cosas, alcanzamos la verdad. En este sentido, decía Aristóteles, frente a los sofistas: «Tú no eres verdaderamente blanco, porque nosotros pensemos que tú eres blanco, sino porque tú eres blanco, nosotros, los que lo afirmamos, nos ajustamos a la verdad».<sup>5</sup> Esta afirmación es coherente con su conocida fórmula: «Decir de lo que es que no es. O de lo que no es que es, es falso; mientras que decir de lo que es que es, o de lo que no es no es, es verdadero».<sup>6</sup> La regla de la verdad en el entendimiento es la misma realidad, conocer las cosas tal como son.

La verdad, como enseñaba también santo Tomás, es «el bien del entendimiento».<sup>7</sup> La ciencia, como saber verdadero, por indagación de las causas, y que proporciona certeza perfecta, es un bien al que tiende o está ordenado el hombre por naturaleza.

Se afirma del saber que es un tesoro,<sup>8</sup> algo muy valioso, guardado en un lugar, y que se denomina «tesoro» (*thesaurus*). Al significado de gran valor, a «tesoro», le acompaña también el de estar escondido.<sup>9</sup> Es necesario poseer este tesoro, e incluso la falta de este saber, la ignorancia, puede ser pecado. «La ignorancia es privación de la ciencia

2. Cf. SANTO TOMÁS. *Suma teológica*, I, q. 16, a. 1, in c.; e ídem, *Cuestiones disputadas sobre la verdad*, I, q. 1, a. 1, in c.

3. BALMES, Jaume. *El criterio*, en ídem, *Obras completas*. Madrid: Católica, 1949 (8 vols.), vol. III, pp. 551-755, p. 553. Afirma también: «Conocemos más los libros que las cosas; y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros» (ídem, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*. *Obras completas, op. cit.*, vol. VIII, pp. 328-347, p. 339.

4. SAN AGUSTÍN. *Soliloquios*, II, 5.

5. ARISTÓTELES. *Metafísica*, IX, 10, 1051b 6.

6. *Ibid.*, IV, 7, 1011b 26-27.

7. SANTO TOMÁS. *Suma contra los gentiles*, I, cap. 1.

8. Cf. Ídem. *Opúsculos filosóficos. Sobre el modo de estudiar*.

9. Asimismo, se incluye, a veces, en su noción el hecho de que se descubra por casualidad.

para cuya consecución somos aptos por naturaleza». <sup>10</sup> No sólo por la naturaleza humana en general, sino principalmente por la propia, que, junto a la común de todos los hombres, tiene características individuales, únicas e irrepetibles. Todo aquello que está al alcance de la inteligencia de cada persona debe necesariamente conocerlo.

No es extraño que se denomine «tesoro» al saber o la ciencia. El estudio de las ciencias es «bueno y laudable» <sup>11</sup> en sí mismo. La ciencia, cuando lo es auténticamente, proporciona conocimientos verdaderos, y «la felicidad del hombre consiste en el conocimiento de la verdad». <sup>12</sup> Indicaba, por ello, Bofill, en uno de los casi cien artículos que escribió para la revista *Cristiandad*, que el escepticismo, y lo mismo podría decirse del relativismo, es muy grave, porque: «al atacar la inteligencia en su sed de verdad y en su confianza en la verdad, destruye la vida misma del alma». <sup>13</sup>

#### LA VERDAD OBJETIVA

La verdad que busca por naturaleza el hombre es la absoluta. No le interesa en esta dimensión natural la relativa a cada hombre, cultura o época histórica. Desea conocer la verdad en sí misma, independiente totalmente de quién la conoce o descubre, la verdad absoluta. En este sentido, escribe santo Tomás: «En la aceptación lo mismo que en el repudio de las doctrinas, no debe el hombre dejarse guiar por el amor o por el odio hacia aquel que las representa, sino antes bien por la certidumbre de la verdad». <sup>14</sup> El criterio debe ser siempre el de la certeza, que impone la verdad por sí misma. <sup>15</sup>

10. Ídem. *Suma teológica*, I-II, q. 76, a. 2, in c.

11. *Ibíd.*, II-II, q. 167, a. 1, in c.

12. *Ibíd.*, II-II, q. 167, a. 1, ad 1.

13. BOFILL, Jaume. «La verdad y la paz. La responsabilidad del cristiano». *Cristiandad*, 263 (1955), pp. 81-82.

14. SANTO TOMÁS. *Exposición a los doce libros de la Metafísica*, XII, 9.

15. Antonio Machado lo expresaba en este pequeño poema: «¿Tu verdad? No, la Verdad, | y ven conmigo a buscarla. | La tuya, guárdatela» (MACHADO, Antonio. *Poesías completas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1966, CLXI, *Proverbios y cantares*, p. 197).

Bofill también asumió este mismo criterio para los autores y, con ello, idéntica benevolencia del Aquinate, que afirmaba: «Hay que amar tanto a aquellos cuya doctrina compartimos como a aquellos cuya doctrina rehusamos. Pues ambos se han esforzado en la investigación de la verdad y ambos nos han proporcionado ayuda».<sup>16</sup>

Tal favor se recibe de dos maneras: «Un auxilio directo de los que han encontrado ya la verdad. Si cada uno de los pensadores anteriores han encontrado algún fragmento de la verdad, estos fragmentos, reunidos en una unidad y un todo, son poderosa ayuda para llegar a un conocimiento comprensivo de la verdad. Indirectamente los pensadores son favorecidos por los que les han precedido, porque los errores de los antiguos dan a los posteriores ocasión de poner en claro la verdad por una reflexión más seria. Es, pues, justo que estemos reconocidos a todos los que nos han ayudado en nuestro esfuerzo para alcanzar el bien de la verdad».<sup>17</sup>

En cualquier caso, lo que realmente importa es la verdad, porque todo saber «no es para saber que han pensado los hombres, sino para conocer cómo son las cosas en la realidad»,<sup>18</sup> para conocer la verdad, que es propiamente la realidad de las cosas.

Frente a cualquier forma de subjetivismo, dirá también el Aquinate: «No pertenece a la perfección de mi entendimiento lo que tú quieras o lo que tú entiendes, sino sólo la verdad que está en la realidad».<sup>19</sup>

Esta actitud, verdaderamente objetiva y racional, permite asumir todo lo verdadero que se ha dicho en cualquier tiempo, lugar o cultura. Siempre la pauta es la de la verdad, que proporciona la razón. Bofill creía firmemente que, después del diálogo con todas las partes, el dictamen se hará siempre según la razón y sus leyes universales, tal como lo expresaba claramente su maestro:

La consulta de los autores antiguos es necesaria para el esclarecimiento de un problema y la resolución de las dudas. Así como en los tribunales

16. SANTO TOMÁS. *Exposición a los doce libros de la Metafísica*, XII, 9.

17. *Ibíd.*, II, 1.

18. *Ídem. Exposición a los libros sobre el cielo y el mundo*, I, 22.

19. *Ibíd.*, I, 107.

no se puede dar sentencia sin que hayan sido oídas las razones de ambas partes, así también el que quiere saber llegará más fácilmente a formar un juicio definitivo, si conoce las opiniones y las dudas de los distintos autores.<sup>20</sup>

### LA VERDAD INTEGRAL

Además, la verdad que desea el ser humano no es únicamente alguna verdad, aunque sea objetiva, sino toda la verdad, en su integridad, en su extensión, altura y profundidad, porque el bien o felicidad que busca no es limitada, sino plena y total. Todo hombre quiere conocer la situación en que está como ser humano. Intenta entender, como una totalidad inteligible, el mundo que percibe, y comprender su sentido. También procura actuar según unos principios y según los dictámenes de su conciencia.

Sin embargo, cuando el hombre intenta interpretar la realidad en la que vive y morirá, y hallar unos principios sólidos sobre los que edificar su vida cotidiana, advierte inmediatamente que es muy compleja y hasta caótica. Se encuentra perplejo ante un mundo de contradicciones. Por un lado, la realidad parece que exista para que la disfrute el ser humano. Por otro, el hombre tiene una capacidad inmensa de gozar. Su vida parece estar hecha, por tanto, para el placer. No obstante, si se profundiza en esta visión superficial, y, para ello, basta vivir, se descubre que en el interior de la felicidad, que ofrece la realidad, está la decepción, la maldad, el dolor y el sufrimiento.

La experiencia enseña la miseria de un mundo que parece alegre y brillante. Su indigencia afecta al mismo hombre. A primera vista, el mundo parece una cosa y después muestra la verdad, que parece estar siempre escondida en la profundidad, que la guarda de la mirada superficial. La realidad, en definitiva, se le muestra sin sentido ni finalidad, como completamente incoherente.

20. Ídem. *Exposición a los doce libros de la Metafísica*, III, 1.

En nuestro tiempo, se opta entonces por vivir sin considerar la situación en que está como ser humano. Si no hay algo que lo impida, el hombre se limita a seguir sus inclinaciones y sus deseos. Todo lo que le va sucediendo lo acepta tal como viene. La guía de su vida parece ser procurarse el placer y evitar el dolor y el sufrimiento. Vive como si hubiera dejado de orientarse por la razón en su anhelo por la verdad, a la que parece renunciar.

La crisis de la verdad, afirma, por ello, Bofill: «afecta profundamente a nuestro tiempo. Ha empañado el brillo de nuestros ojos, al surgir como conciencia de una completa inestabilidad de los hechos y de los valores humanos. Nuestra sociedad ha perdido el contacto con el ser y la firmeza de sus leyes (que se traducen, al nivel humano, en la ley natural, y al nivel cristiano, en la ley evangélica) y no presta ya apoyo al espíritu para este acto suyo necesario que es la confianza en la verdad».<sup>21</sup>

Ya santo Tomás, que profesaba cierto optimismo sobre el mal que se da en la naturaleza, no lo tenía en el mal realizado por el hombre. Afirmaba:

Que el mal acontezca las más veces es absolutamente falso. En efecto, las cosas generables y corruptibles, únicas en que se da el mal de naturaleza, son una parte insignificante de todo el universo. Y, además, en cada especie acontece las menos veces darse el defecto de naturaleza. Sólo en el hombre parece darse el caso de que lo defectuoso sea lo más frecuente; porque el bien del hombre, como hombre, no es el que se cifra en las sensaciones corporales, sino el que es conforme a la razón, sin embargo, son más los hombres que se guían por los sentidos que los que se guían por la razón.<sup>22</sup>

En cambio, si el hombre no se conforma con una visión superficial, con el goce inmediato, y que, después, desembocará en el desencanto, la amargura y el dolor, le asaltan preguntas como: ¿Por

21. BOFILL, Jaume. «La verdad y la paz. La responsabilidad del cristiano», *op. cit.*, p. 81.

22. SANTO TOMÁS. *Suma teológica*, I, q. 49, a. 3, ad 5.

qué esta realidad misteriosa? ¿Por qué es de este modo? ¿Qué valor tiene? ¿Por qué el hombre se encuentra en ella?

Igualmente, el hombre se cuestiona su actitud ante este mundo. Se pregunta: ¿Hay que ser optimista o pesimista? ¿Hay que vivir pensando en el presente o en el futuro? ¿Cómo determinar lo importante? ¿Hay que vivir despreocupado de todo?

Asimismo, desde el ámbito del saber, puede interrogarse: ¿Dónde está la clave para interpretar todas las cosas? ¿Qué hay que pensar de las distintas filosofías o doctrinas para descifrar el enigma del mundo? ¿Cómo formarse un juicio correcto de todos los logros humanos en el campo de las ciencias, las artes y la política?

Una primera conclusión, que se obtiene ante estos problemas generales existenciales y también esenciales, es que las respuestas no deben buscarse en la superficie de la realidad. Se advierte que su exterior no tiene sustancia y que, por ello, en definitiva, no puede disfrutarse en sí misma.

Lo enseñaba Platón con su mito de la caverna. Los hombres que, desde niños, están encadenados en una cueva, de tal manera que sólo pueden ver las sombras de las cosas, que desde el exterior se proyectan en una de sus paredes, son como los hombres que se han quedado en la superficie de la realidad. En cambio, el hombre que ha logrado salir de la caverna, el que ha descubierto la realidad profunda, que es la causa del mundo de la superficie y de la inmediatez, no sólo conoce y disfruta este mundo de la luz, invisible para los prisioneros, sino que ve las sombras de otra manera. Sabe que las sombras no son más que sombras, y las conoce y las disfruta como tales. Llega, por tanto, a una segunda conclusión: el hombre, con su capacidad racional o sapiencial, puede encontrar el sentido global y último de la realidad y de sí mismo, aunque sea parcial e incompleto y se haya obtenido de manera indirecta.

#### LOS FINES UNIVERSITARIOS

Para Bofill, la finalidad de la universidad, siguiendo a santo Tomás, sería la de ayudar a encontrar el camino del sentido de la vida huma-



na, la verdad integral y, con ella, el bien humano y la felicidad. Como afirmaba santo Tomás: «Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, a la perfección del hombre, que es su felicidad».<sup>23</sup>

A cada hombre, en su concreción y singularidad, se subordinan todos los saberes, teóricos, como las ciencias, y prácticos, como las técnicas y las bellas artes. La cultura, todas sus realizaciones, y la universidad, que la desarrolla y difunde, están al servicio del hombre por su rango metafísico superior. A la felicidad de las personas, a su plenitud de bien, es a lo que deben estar dirigidos todos los saberes, sean del orden que sean, e igualmente su enseñanza e investigación en la universidad

Desde este fin genérico de la universidad, la búsqueda y la transmisión de la verdad integral, quedaban justificados sus otros tres fines específicos: la investigación, la docencia y la creación de teorías, que son un efecto de la contemplación de la verdad.

Esta triple finalidad universitaria —investigadora, docente y teórica—, a su vez, se subordinaba a una finalidad última: el servicio al hombre. Lo que no supone una nueva finalidad genérica o fundamental, como es la verdad, porque que los servicios a la verdad y al hombre no son antagónicos, ni, por tanto, incompatibles. Ambos se exigen e implican mutuamente. La primacía de la verdad se coordina de manera armoniosa con la primacía del hombre.

Advierte Bofill que el hombre, cada hombre, es el único ser que está vinculado a la verdad en todos sus sentidos. En cuanto a la verdad en el entendimiento, porque, por una parte, la persona es aquel ser capaz de tener intelectualmente la verdad, de poseerla como conocida en su entendimiento, y, por tanto, de manifestar y declarar lo que las cosas son. Por otra parte, la verdad está dirigida al hombre. Cada persona es la única capaz de ser el fin de la verdad. Sólo a ella va dirigida la verdad que dice el entendimiento. Podría definirse incluso la persona humana como el sujeto y el término de la verdad que está en el entendimiento, que expresa su adecuación a la realidad.

23. Ídem. *Exposición a los doce libros de la Metafísica de Aristóteles*, intr.

Respecto a la verdad que está en las cosas, o su conformidad a ser entendidas y a la verdad, que la fundamenta, la misma realidad, la persona, por poseer la mayor participación en el acto de ser y en el bien (declara, por ello, el Aquinate, que: «la persona es lo más perfecto que hay en toda la naturaleza»<sup>24</sup>) tiene el mayor grado de verdad. De manera similar a la última afirmación de santo Tomás, puede decirse que la persona es lo más verdadero que hay en la naturaleza.

La persona es la «verdad», porque, como continúa argumentando nuestro autor: «Por eso tiene la Persona, en el total del Universo, sentido substantivo y se ofrece a la inteligencia como aquello para cuyo conocimiento ha sido creada. Todo lo demás es sólo inteligible en función suya, no se explica sino para ella: en ella, en cambio, descansa nuestro dinamismo intelectual como en aquel *unum* concreto a que tiende, porque encuentra allí la razón de ser».<sup>25</sup>

La profunda relajación en el orden espiritual en el mundo actual, que advierte Bofill, y que se manifiesta en la crisis de la verdad, tiene graves consecuencias en muchos valores y hechos.

El primero de estos hechos y valores en quiebra es el hombre mismo. El hombre ha perdido su verdad. Por esto, el hombre no puede hoy confiar en el hombre. No puede ser el apoyo firme que nuestro pensamiento y nuestro corazón postulan para su acto necesario de confianza.<sup>26</sup>

En síntesis, para Bofill, el fin genérico de la universidad es doble: la verdad y el bien del hombre. La universidad, al servir a la verdad, sirve a la persona humana. Sus tres fines esenciales específicos se unifican en la verdad, y, en último término, en el bien personal, porque la misma verdad es un bien para el hombre.

24. Ídem. *Suma teológica*, I, q. 29, a. 3, in c.

25. BOFILL, Jaume. *La escala de los seres o el dinamismo de la perfección*. Barcelona: Cristiandad, 1950, p. 10.

26. Ídem. «La verdad y la paz. La responsabilidad del cristiano», *op. cit.*, p. 81.

LA «QUIEBRA» DE LA VERDAD

La universidad puede y debe contribuir a la ayuda que necesita el hombre en su búsqueda de la verdad, de su bien y de su felicidad. Sin embargo, la verdad no se busca como cambiante ni subjetiva, sino como inmutable, universal y trascendente. Se preguntaba san Agustín: «Si los dos vemos que es verdad lo que dices, y asimismo vemos los dos que es verdad lo que yo digo, ¿en dónde, pregunto, lo vemos? No ciertamente tú en mí ni yo en ti, sino ambos en la misma inmutable verdad, que está sobre nuestras mentes».<sup>27</sup> De manera que: «No sea la verdad ni mía ni tuya, para que sea tuya y mía».<sup>28</sup>

Por sus características absolutas y trascendentes, la verdad puede ser compartida o participada por todos. «Tenemos pues en la verdad un *tesoro*, el que todos gozamos igualmente y en común [...]. Nada de lo que de ella participas conviertes en algo exclusivamente tuyo, sino que todo lo que de ella tomas queda íntegro también para mí».<sup>29</sup>

Para corregir o enderezar la quiebra de la verdad en el mundo actual, en el proyecto bofilliano, se propone: «a todos la sinceridad, a recuperar la unidad de conciencia y la simplicidad de vida». La universidad, en su servicio al hombre, ayudará a este esfuerzo hacia una total sinceración. «Pero la verdad es, además de sinceridad y veracidad, una norma objetiva. El carácter circunstancial y concreto de los actos humanos, lo mismo en el orden de las decisiones individuales que de las decisiones políticas, no les libra de su sumisión a la norma de una verdad objetiva, cuyo garante es el mismo Dios. Sin el reconocimiento de una norma objetiva, nuestra prudencia personal o política degenerará en oportunismo y ambición, incapaces ambos de fundamentar esta convivencia».<sup>30</sup>

27. SAN AGUSTÍN. *Confesiones*, XII, 25, 35.

28. Ídem. *Enarraciones sobre los Salmos*, 103, II, 11.

29. Ídem. *Confesiones*, XII, 4, 37.

30. BOFILL, Jaume. «La verdad y la paz. La responsabilidad del cristiano», *op. cit.*, pp. 81-82.

## LA VERDAD Y EL LENGUAJE

La finalidad universitaria de comunicar a los demás la verdad hallada, enseñada por Jaume Bofill —siguiendo a santo Tomás, según la lectura del padre Orlandis—, no sólo se encuentra en sus escritos, sino también en su misma vida universitaria. Creía que: «La verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida».

El universitario que ha conocido la verdad: «Debe vivirla y difundirla [...]. Debe hablar, obrar, orar para que esta verdad se difunda, así como la confianza en la verdad. Porque la verdad es, de derecho, patrimonio común de todos los hombres».<sup>31</sup>

Lo que consideraba su misión universitaria, Bofill la realizó con un estilo propio, cuyos rasgos son todos imitables en la vida universitaria de todos los tiempos. Podrían destacarse tres por su necesidad actual.

El primero es su disposición, que cumplió siempre durante toda su vida de manera oral y escrita —aprendida del magisterio directo del padre Orlandis y de los escritos de santo Tomás—, de hablar siempre con «palabras esenciales». En medio de la locuacidad universitaria de su tiempo, habló, y mucho, en sus cursos y publicaciones pero sólo con palabras que hicieran presente la verdad.

Benedicto XVI, poniendo a santo Tomás como ejemplo de esta actitud frente a la inflación del lenguaje, citó estas palabras de la escritura, en latín: *Castificantes animas nostras in obedientia veritatis*.<sup>32</sup> Comentó seguidamente:

La obediencia a la verdad debería hacer casta (*castificare*) nuestra alma, guiándonos así a la palabra correcta, a la acción correcta. Dicho de otra manera, hablar para lograr aplausos, hablar para decir lo que los hombres quieren escuchar, hablar para obedecer a la dictadura de las opiniones comunes se considera como una especie de prostitución de las palabras y del alma. La «castidad» a la que alude el apóstol san Pedro

31. *Ibíd.*, p. 82.

32. 1Pe 1,22.

significa no someterse a esas condiciones, no buscar los aplausos, sino la obediencia a la verdad.

Añade el papa que, para el teólogo, y podría decirse también para todo universitario:

Ésta es la virtud fundamental [...]: esta disciplina, incluso dura, de la obediencia a la verdad, que nos hace colaboradores de la verdad, boca de la verdad, para que en medio de este río de palabras de hoy no hablemos nosotros, sino que en realidad, purificados y hechos castos por la obediencia a la verdad, la verdad hable en nosotros. Y así podemos ser verdaderamente portadores de la verdad.<sup>33</sup>

Una segunda característica de la vida universitaria de santo Tomás, también modélica, es la fidelidad de su lenguaje a la realidad. Con su inteligencia, el hombre, escribe Bofill, es: «capaz de introducirse, como una mano, hasta el corazón mismo de las cosas, posesionándose del tesoro de sus fuerzas ocultas, de “lo que son” (y la historia muestra hasta qué punto, como consecuencia de ello, le quedan las cosas irremisiblemente sometidas), se complace, sin embargo, en desarraigarse de lo que es, de esta verdad-realidad de que nos habla Balmes y en abandonarse al placer extraño de las lucubraciones conceptuales».

La función de la inteligencia del hombre consiste en: «ver primero lo que las cosas son y luego, expresarlo, decirlo por medio de su ciencia». Sin embargo, la inteligencia, añade seguidamente: «olvidando a menudo la primera de estas dos obligaciones suyas, se abandona a una “logomaquia”, degenerando en hueca palabrería. Su ordenación a la realidad cede el paso al gusto de la cavilación [...] la inteligencia, abandonando la fidelidad al ser, que es su única garantía de fecundidad, se ha vuelto cavilosa, ha desconfiando de la realidad».<sup>34</sup>

33. BENEDICTO XVI. «Homilía a los miembros de la Comisión Teológica Internacional», 6-X-2006.

34. BOFILL, Jaume. «El hombre y su destino». *Obra filosófica*. Barcelona: Ariel, 1967, pp. 75-87.

Por último, debe notarse que todo su magisterio y su obra escrita, tal como se advierte claramente en *La escala de los seres*, responde al intento de ofrecer una síntesis filosófica, que encontró en santo Tomás de Aquino. Se percató, gracias a su maestro Ramón Orlandis, que: «Todo hombre, en cuanto hombre, tiene invencible patencia de síntesis».<sup>35</sup> También que, sin embargo, los grandes tomistas han estudiado detenida y ampliamente cuestiones disputadas en su época, sin preocuparse de presentar una síntesis completa.<sup>36</sup>

Podría decirse que, en definitiva, toda esta propuesta universitaria de Bofill, fundamentada en su síntesis tomista, podría explicarse y compendiarse con las siguientes palabras, que escribió sobre el padre Orlandis: «Su dedicación [...] tenía del celo que Dios y la naturaleza ponen en fomentar y preservar un germen “Poner lo grande en lo pequeño”: ésta era la fórmula de su incomprendido “realismo”».<sup>37</sup>

35. ORLANDIS, Ramón. «A un amigo imaginario». *Pensamientos y ocurrencias*. Barcelona: Balmes, 2000, pp. 353-375.

36. A este intento de ofrecer esta síntesis completa en su sentido esencial responde la obra *Tomás de Aquino. Un pensamiento siempre actual y renovador*. Barcelona: Scire, 2004, de Francisco Canals (1922-2009), discípulo también de Ramón Orlandis y que continuó el magisterio de Bofill en su cátedra de metafísica hasta su jubilación en 1987.

37. BOFILL, Jaume. «Catacumbas espirituales». *Cristiandad*, 58-59 (1958), pp. 32-33.